

## *Apuntes sobre Amado Nervo*

# “Vida, nada me debes”

Ignacio Solares

*Amado Nervo es uno de nuestros poetas más leídos y frecuentados. Lectura obligada de la adolescencia, su valiente cursilería con el paso del tiempo se convierte en una forma de sabiduría emocional de grandes vuelos. Ignacio Solares reflexiona acerca del seminarista que abandona la vocación religiosa por la poesía, el amor y los viajes, y nos acerca a las profundidades de su búsqueda espiritual, que se expresa a plenitud en los versos de madurez.*

*Para Ernesto de la Peña, amigo y maestro.*

Sí, Amado Nervo es cursi. Y quien lo lee con devoción a cierta edad —cuando la poesía es gnosis, revelación, desdén de una realidad limitante—, se vuelve cursi de por vida, por más que luego lo enmascare con las lecturas y preferencias por otros poetas, gestos adustos y tajante rechazo a lo emocionalmente desbordado. Para entonces, Nervo ya nos habrá enseñado a no tener miedo de los acercamientos que el corazón valida, a saber que la poesía es, a su modo, un método de conocimiento (y sobre todo de autoconocimiento) más allá de etiquetas y clasificaciones. Conocimiento por vía intuitiva con mayor amplitud y calado que el ofrecido por la vía racional, y que se transforma en vivencia plena, transfiguración.

¿Por qué conservo tan vivo el recuerdo de mis primeras lecturas de las poesías de Amado Nervo? Finalmente, el olvido y la memoria son glándulas tan endocrinas como la hipófisis y la tiroides, reguladoras libidinales que decretan vastas zonas crepusculares sujetas al carácter personal y a las emociones del momento.

Con ese bagaje —no faltaría quien lo llamara lastre— entré a estudiar Letras Hispánicas en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM. Entré en un Taller de Creación Literaria con Juan José Arreola —quien me descubrió a los clásicos españoles y a otros muchos poetas, entre ellos especialmente a López Velarde; además de que reafirmó mi gusto por Luis Cernuda— y al final de una de las clases le confesé en voz baja:

—Uno de mis poetas predilectos es Amado Nervo, por más que lo tachen de cursi.

Para mi sorpresa, me dijo que a él también le gustaba mucho y que sabía de memoria buena parte de sus poemas. Y me empezó a recitar algunos con una cadencia que yo no les había imaginado.

Dijo:

—Lo cursi bueno es frente a lo cursi malo, lo que lo sensitivo es a lo sensiblero. Lo sensitivo no se aprovecha de la ternura y la compasión, no abusa de ellas, sino que las hace funcionar en ondas puras, sin dejar que caiga

el alma en excesos deleznable. Desde lo cursi bueno se puede aspirar a la más alta belleza.

Mi comentario sirvió para que Arreola lo tratara en clase, mencionara mi afición por Nervo y nos dejara leer *Plenitud y Perlas negras*.

Pero, además, a Nervo lo salva de la cursilería mala un cierto escepticismo: “Siempre he desconfiado de la esperanza, porque sé por experiencia que es una bella mentirosa, una querida infiel, a la que debemos dar un beso, recibiendo otro de sus labios y dejarla pasar”. Por el contrario, la mala cursilería no aceptaría dudas sobre la esperanza y todos sus sucedáneos. Por eso el fracaso es un estigma de lo cursi malo. Lo cursi malo es siempre una pequeña, patética derrota. Y una derrota, además, que pasa inadvertida para el propio derrotado. La mala cursilería nunca sabe que lo es, desconoce cualquier forma de la autocrítica. Cree que en realidad posee las virtudes que quiere ostentar. Las mira una y otra vez y juzga que, sin duda, son buenas. No se percata de su radical falsificación. Las pone por delante para granjearse la admiración del prójimo y jamás se da cuenta de que éste apenas si puede contener la risa.

¿Cayó Nervo en la cursilería mala? Es posible, sobre todo en sus escritos juveniles. También en algunas de sus páginas autobiográficas, tituladas *Mañanas del poeta*. El joven provinciano —y por añadidura ex seminarista—, apenas roto el cascarón, se pone a urdir enamoramientos inexistentes y a escribir sobre ellos como si de veras existieran. “Alargaba la sinceridad más allá de las preocupaciones del gusto”, como dijo de él Alfonso Reyes. Pero la vida lo cura lentamente. Mientras más romántico es, más se acerca a la cursilería buena. Porque a la lógica racionalista, los románticos oponen un auténtico conflicto con el mal, con el caos, con lo demoníaco. Y basta leer la primera novela de Nervo, *El bachiller*, para comprobar que Nervo participaba de esa autenticidad.

Incluso, uno de sus compañeros de *La Revista Moderna*, Ciro B. Ceballos hace de Nervo un retrato revelador en este sentido:

No era un místico sino un luciferino.  
No era un creyente sino un poeta.  
No era un cristiano sino un pagano.

El poeta descubre, con deslumbramiento y angustia, que en el momento de la creación la razón puede y debe ser dejada de lado para alcanzar determinados logros. Necesarios, además, para ayudar a (re)establecer un equilibrio vital a su alrededor. Sus locuras y errores cuentan poco al lado de la aventura humana que proponen. Así, he aquí a nuestro ex seminarista conviviendo con las criaturas de lo irracional, del sueño, de la intuición pura, las que lanzan los monstruos a la calle para que no continúen escondidos en las buenas conciencias y en los

confesionarios, para aceptarlos, ya sin vergüenza, reconocerlos como parte propia: nuestros prójimos, nuestros próximos, nuestros “otros” yo.

“El que no quiere andar y pensar como los hombres comunes y corrientes, tiene que habérselas con los fantasmas, que intentarán devorarlo en la soledad. Pero si los vence, es un dios”, escribe.

Hay que pensar en la insalvable soledad a que lo condenaba su actitud. De insalvable soledad, hay que decirlo, pero de riquísima comunicación con lectores que participan del mismo mal (o del mismo bien, según se le quiera ver). Por eso Nervo —especialmente el Nervo místico—, a pesar de su popularidad y en ocasiones, decíamos, de su cursilería, es un poeta solitario para solitarios. En una nota al lector, dice en algún momento: “Lector mío, estos versos (que son prosa rimada) llegan a ti humildes y sin pedirte nada. No quieren tus elogios. Mas sería mi gusto que pudieses leerlos al terminar el día, en la soledad, a los fulgores cárdenos de algún poniente augusto, que fuese como el marco de mi filosofía...”.

Una vez contagiados de su estilo (por más peligroso que esto pueda ser), ¿no se tiene frecuentemente la impresión de que al leer algunos de sus poemas y sus aforismos se asiste al acto creador mismo? Nervo se entrega



Amado Nervo, colección Familia Padilla Nervo, Madrid, ca. 1910

y lo mismo le pide al lector. Vicariamente, leer alguno de sus poemas y aforismos es “hacerlos”.

“Belleza frágil y efímera, a salvarse sólo alguna vez en las adoloridas manos del poeta”.

## II

Nervo llega a la Ciudad de México en julio de 1894, a los veinticuatro años de edad. Con su aire de seminarista, la figura escuálida, un tanto encorvado, abundante y lisa cabellera oscura, los ojos muy abiertos y muy profundos, una barba en punta que, junto con su flacura, hacía pensar en los caballeros de El Greco.

En la ciudad se respira el diáfano aire de la paz y la estabilidad social —por muy aparentes que sean—, y el nuevo dios se llama progreso, con un cariz totalmente francés. Según el censo más reciente (que es el primero que se realiza), el país tiene doce millones seiscientos mil

habitantes y la Ciudad de México cuatrocientos setenta y cuatro mil ochocientos sesenta. Las calles van siendo estrechas para la circulación holgada de los transeúntes y una de las preocupaciones de Manuel Gutiérrez Nájera es extender el Paseo de la Reforma:

Es necesario que el Ayuntamiento piense en hermostear aún más esta bendita ciudad de los Palacios en que vivimos. Nunca hay que conformarse con lo que ya se tiene, por mucho que sea. La calzada de la Reforma pide urgentemente un remedio. En los días festivos es imposible que los carruajes logren moverse a placer y que los caballos puedan caracolear cuanto les venga en gana. Es necesario dar mayor espacio a los paseantes y, por último, habría que extender esta hermosa calzada hasta el bosque de Chapultepec. ¿Será posible?

Pero la verdad es que también proliferan los mendigos en casi todas las esquinas, haciendo gala de sus llagas, agitando sus muñones, mostrando a sus hijos famélicos, pidiendo limosna a gritos o sólo gimiendo con una especie de falsete.

Nervo colabora en la *Revista Azul*, en la *Revista Moderna*, en *El Universal*, *El Nacional*, *El Imparcial*... Adquiere fama de hombre culto y gran conversador y se hace amigo de los escritores más reputados: Ángel de Campo “Micrós”, Luis González Obregón, Federico Gamboa, Luis G. Urbina y por supuesto de Gutiérrez Nájera. Es apreciado en sociedad y en el medio teatral. Sólo le falta cierto escándalo literario para acrecentar su prestigio y éste se producirá con la publicación de su primer libro *El bachiller*, que aparece a finales de 1895. Lleva como epígrafe un versículo de San Mateo, que de alguna manera justifica la castración que por su propia mano lleva a cabo el protagonista, Felipe: “Por tanto, si tu mano o tu pie te fueran ocasión de caer, córtalos y échalos de ti; mejor es entrar cojo o manco en la vida eterna que, teniendo dos manos o dos pies, ser echado al fuego infernal”.

Felipe, joven que opta por el sacerdocio como opción para alcanzar las más altas cumbres de la sublimación, va de vacaciones al rancho de un pariente donde conoce a Asunción, bella mujer que intenta seducirlo.

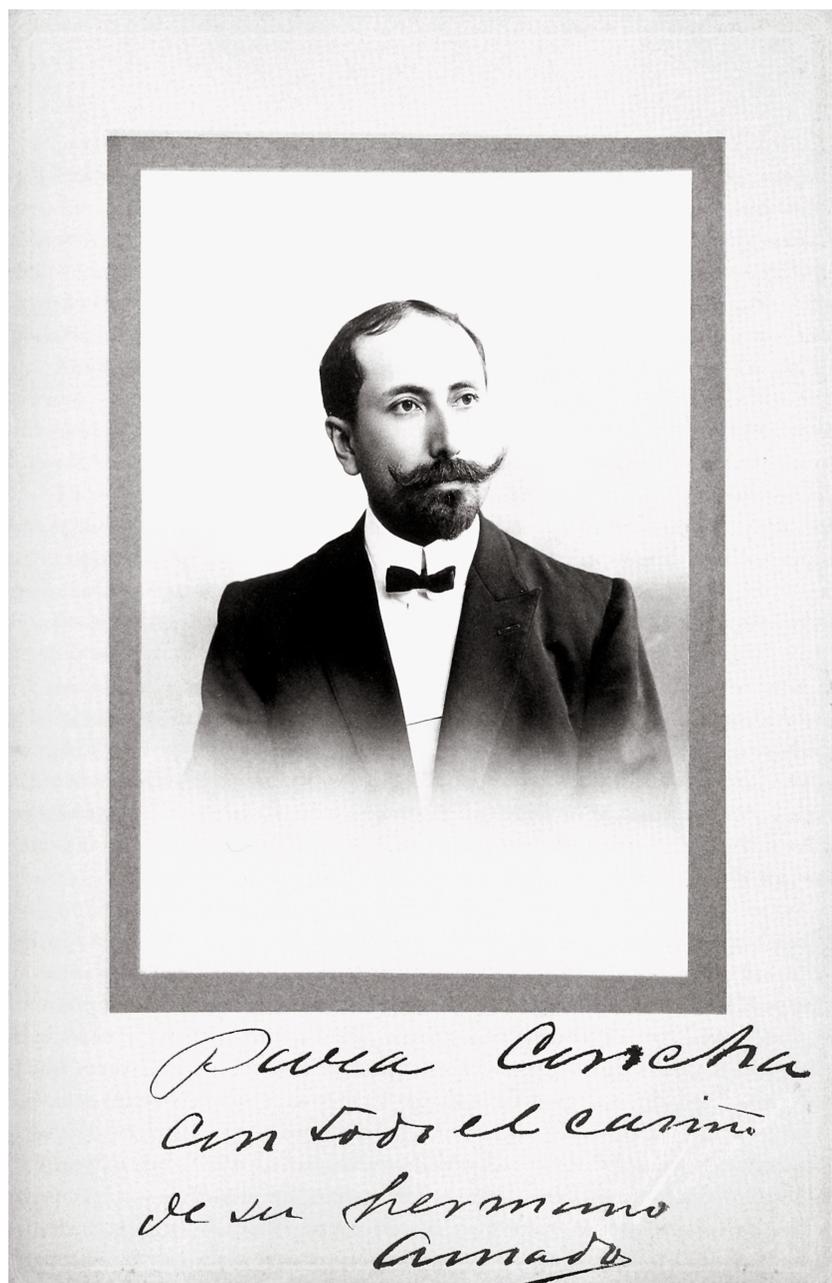
Ella estaba loca de deseos, de amor, de ternura.

—Te quiero —repitió—, te quiero. ¡No te ordenes sacerdote!

Y atrajo con fuerza a su pecho ardoroso aquella cabeza rebelde y la cubrió de besos cálidos, rápidos, indefinibles.

Felipe se sintió perdido; paseó la vista extraviada en rededor y quiso gritar: “¡Socorro!”.

Había caído de sus rodillas, con sus ropas, el cuaderno que leía, y las palabras de Orígenes (“la castidad es imposible sin la castración”).



Amado Nervo, colección Familia Padilla Nervo, Madrid, ca. 1898

# Así, he aquí a nuestro ex seminarista conviviendo con las criaturas de lo irracional, del sueño, de la intuición pura.

Una idea tremenda surgió entonces en la mente de Felipe.

Era la única tabla salvadora.

Asunción estrechaba más el amoroso lazo, y dejaba el alma en sus besos.

El bachiller afirmó, con el puño crispado, la plegadera, y la agitó durante algunos momentos, exhalando un gemido...

Asunción vio correr torrentes de sangre; lanzó un grito y aflojando los brazos dio un salto hacia atrás, quedando en pie a dos pasos del herido, con los ojos intensamente abiertos y fijos en aquel rostro que, contraído por el dolor, mostraba, sin embargo, una sonrisa de triunfo...

Hay dos aspectos particulares en *El bachiller*. Primero, que tal fantasía de castración, y el contexto en que la presenta, sólo pudo ocurrírsele a un hombre excepcional, identificado plenamente con el tema (Nervo también quiso ser sacerdote), perturbado casi hasta la psicosis y, sin embargo, lo bastante integrado a su medio ambiente y con una personalidad tan resistente y valerosa como para rastrear las verdades más escondidas y amargas sobre sí mismo, decidido desde entonces (tenía veinticinco años) a cruzar las fronteras “prohibidas” de la mente, rebasar al policía con el cartel “no puedes pasar” que soñó Freud (quien publicó *La interpretación de los sueños* en 1910) al intentar cruzar el cementerio donde estaba enterrado su padre. El otro aspecto es que el autor no sólo hizo frente a tales fantasías (antes de que hubiera psicoanálisis) y le permitió a su mente registrarlas sino que además las elaboró literariamente y las puso por escrito. Como decía Lezama Lima: “Admiro a los escritores que trabajan con materiales que parece que los van a destruir, y que sin embargo los fortalecen más”. Trágico y escabroso periplo de reconciliación consigo mismo y con su inconsciente el que tendrá que recorrer el poeta para, justamente veinte años después, en 1915, escribir estos versos: “Vida, nada me debes. Vida, estamos en paz”. ¿Qué habría dicho de ellos su bachiller?

Combinación esperpéntica la de lo trágico y lo cursi.

“Señor, yo también tengo mi corona de espinas: la corona de mis tortuosos pensamientos”.

Nervo no volverá a escribir una narración —por lo demás, alguna otra tan admirable como *El donador de almas*— con el vigor y la profundidad de *El bachiller*. ¿Se asustó en algún momento de su propia fantasía,

que llevaba “todo lo que era” a un extremo sin regreso? Lo cierto es que continuará ahondando en el misterio, seguirá siendo cristiano —murió con un crucifijo entre las manos—, pero se mostrará abiertamente a favor de la vida y coqueteará muy sinceramente con el espiritismo y con el budismo.

### III

El psicoanálisis ha dejado los dientes al intentar explicarse el fenómeno por medio del cual esos “complejos” (en este caso, un muy profundo complejo de castración, casi nada) son sublimados en la escritura, como una vivencia personal concreta, en la que participa todo el ser del artista, actualizada en el tiempo diurno: un tiempo que contiene el otro tiempo nocturno; o, mejor, que lo acarrea en estado cristalino como los témpanos de hielo en las aguas de un río.

Para esa curiosa aventura (Cortázar decía que había hecho su psicoanálisis a través de sus cuentos) Nervo contaba con la admirable —y angustiada— característica de todo poeta: precisamente, la de ser “otro”, estar siempre en y desde otra cosa. Su conciencia de esa ubicuidad disolvente —que abre al poeta los accesos del ser y del trascender y le permite retornar con el poema a modo de diario de viaje— se revela, según dijo Nervo, en “el gozo a la vez con la luz y con la sombra”.

Sólo a partir de la aceptación y el exorcismo de los demonios por medio de la escritura, es posible entrever la reconciliación.

“Dime, ¿has estado en éxtasis alguna vez? ¿Sentiste uno de esos instantes en que el pensar no existe porque expiró en la alegría? / En que mueren las dudas, en que se explica todo: la excelencia del astro, la ignominia del lodo / y el mundo es como un símbolo de sutil poesía?... Para tales momentos fue creado el poeta: / sólo él puede traducir la secreta / concordancia con su Dios, siempre ignoto”, escribió Amado Nervo en *Elevación*.

Precisamente *Elevación* y *En voz baja* anuncian con sus títulos su segunda etapa, cuando empezó a “apartarse de lo exterior deslumbrante para buscar su yo más profundo” y su verso se irá despojando de vanos atavíos e irá cobrando mayor gravedad y hondura. Si el modernismo había declarado al poeta como el único representante de Dios en la tierra que merecemos, Nervo elige una planicie más árida pero más humana. Así lo confiesa:

“Ahora en que llamo al pan, pan y me entiende todo el mundo, ahora que según Rubén Darío he llegado a uno de los puntos más difíciles y más elevados del alpinismo poético, a la planicie de la sencillez, que se encuentra entre picos muy altos y abismos muy profundos...”.

El poeta del sentimiento que fue Nervo se ha vuelto un “pequeño filósofo”, como él mismo se llama emulando a Azorín. Lo ha visto muy claro Manuel Durán: “Nos hallamos frente a un caso singular, extremo de ‘prosa filosófica rimada’; en rigor, las frases se suceden para ‘declarar’ una proposición metafísica”.

Ya no busca, dice, la “emoción permanente”. No es que Nervo sea incapaz de emociones nuevas (todas se le desatarán a partir de la muerte de su “amada inmóvil”), no puede ignorar que el arte exige una permanente “tensión”. Pero ya no le da la importancia que le daba antes, e incluso, la mira con un cierto escepticismo: en la vida cotidiana los estados de éxtasis no son más que una aurora fugitiva, una breve epifanía. Qué transformación, Nervo se vuelve realista: “Muy ocasionalmente, aun a los artistas, se nos da el privilegio del éxtasis”. Aunque hasta el final de su vida conservó la costumbre de visi-

tar pequeñas iglesias donde se escondía a rezar, su distanciamiento creciente de los asuntos mundanos (él, que era diplomático eficaz) y su fe en la renuncia como único medio para alcanzar la paz y la serenidad de la mente —se esté donde se esté— lo acercó al budismo.

Oh, Siddharta Gautama, tú tenías razón:  
las angustias nos vienen del deseo; el edén  
consiste en no anhelar, en la renunciación  
completa, irrevocable, de toda posesión;  
quien no desea nada, donde quiera está bien.

Se interesó por la astrología —conservó hasta su muerte un antejo de setenta milímetros—, por la reencarnación, por el espiritismo —en París asistió a varias sesiones en compañía de Rubén Darío—, y empezó a elaborar la teoría de una “gran conciencia”. Escribe: “La conciencia individual no es más que un destello de la ‘gran conciencia’, misteriosa y universal”. Unidos por una suerte de alma del mundo de estirpe platónica, estoica, neoplatónica, gnóstica y hermética, Nervo espera con verdadera ilusión que el hombre futuro sea un hombre esencialmente caritativo y bondadoso, “entonces toda la tierra será nuestra patria”. De hecho, Nervo cree que el universo entero es universo en movimiento hacia el espíritu. Por esto piensa también que la naturaleza demuestra siempre una ávida “nostalgia de Dios” y, en términos evolutivos, “el mineral ansía ser planta, la planta ansía ser bestia, la bestia ansía ser hombre, el hombre ansía ser Dios”.

¿Qué había sido del joven que por 1900 fue a despedirse de su amigo Rafael Reyes Spíndola a la redacción de *El mundo* porque se iba a suicidar por un amor frustrado y “porque no podía más con la vida”?

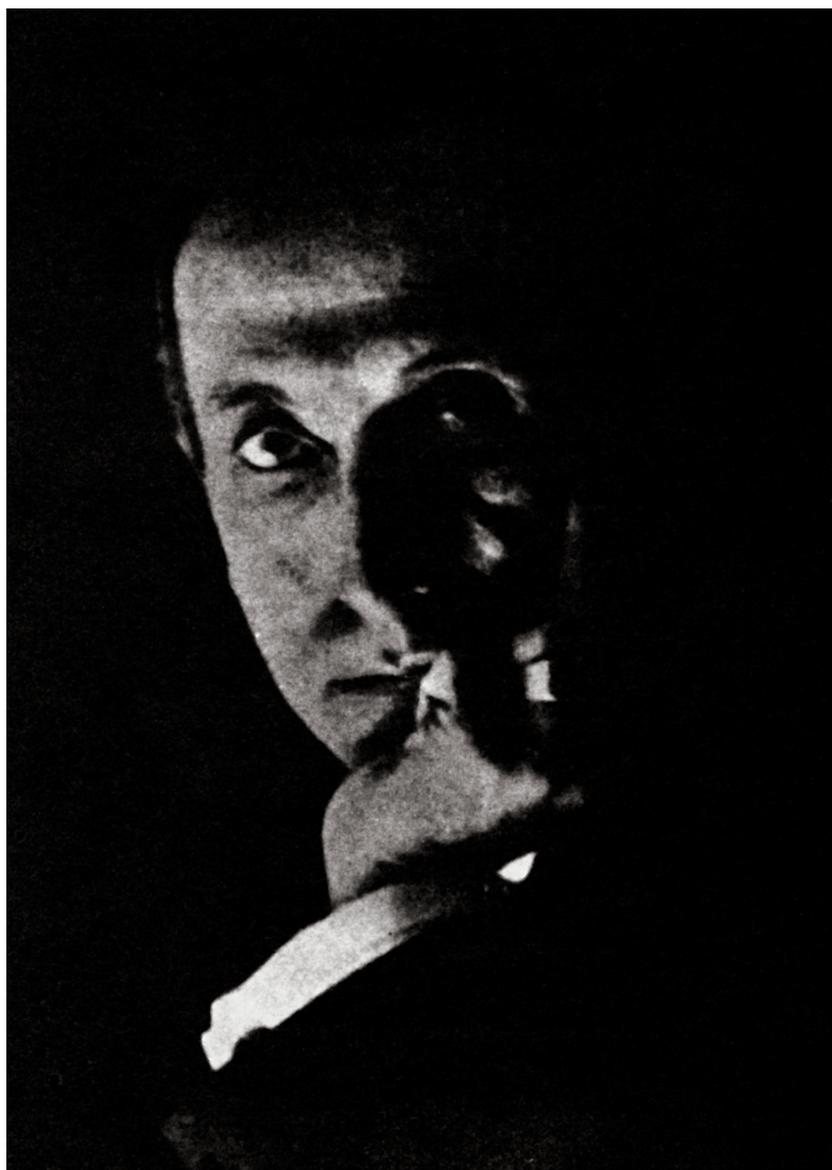
La respuesta de Reyes Spíndola le hizo desistir de su intención y le abrió nuevas perspectivas de vida.

“¿Y qué te parecería si en vez de suicidarte te fueras a Europa como corresponsal del periódico?”

Nervo renuncia definitivamente a los encasillamientos literarios y se concentra en la paz espiritual:

“Estoy templado para la muerte / templado para la eternidad / y soy sereno porque soy fuerte: / la fuerza infunde serenidad / ¿En qué radica mi fuerza? / En una indiferente resignación / ante los vuelcos de la fortuna / y los embates de la aflicción / En el tranquilo convencimiento de / que la vida tan sólo es vano fantasma que mueve el viento / entre un gran antes y un gran después”.

Su castrado bachiller y el poeta que “no podía con la vida” habían llegado a la reconciliación y al aceptarla plenamente, podían por fin escribir: “Vida, nada me debes”. Murió apaciblemente en 1919 y su entierro fue tumultuoso. **U**



Amado Nervo